

La peluquera y Proust

NEFELIBATA



Stéphane Carlier

La peluquera y Proust

Traducción de Isabel de Miguel



Duomo ediciones

Barcelona, 2024

Título original: *Clara lit Proust*

© Éditions Gallimard, París, 2022

© de la traducción, 2024, por Isabel de Miguel

© de esta edición, 2024, por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Pág. 48: *True Colors*, letra y música de Tom Kelly y Billy Steinberg

© Steinberg Billy Music/Denise Barry Music/Sony Music Publishing;

Pág. 55: *Tout doucement*, letra y música de Jean-Paul Dréau

© Chappell Sa/Max Music SARL;

Pág. 88: *Avant de partir*, letra d'Yves Decary y música de Germain Gauthier

© RV International Éditions/Éditions Bloc Notes/Peermusic France;

Pág. 148: *Don't Stop Me Now*, letra y música de Freddie Mercury

© Queen Music Ltd./EMI Music Publishing;

Pág. 183: *Aguas de Março*, letra y música de Tom Jobim

© Corcovado Music Corp.

Para las citas de Marcel Proust:

Du côté de chez Swann y *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, © Éditions Gallimard, 1987;

Le Côté de Guermantes, © Éditions Gallimard, 1988.

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º Izq. Barcelona, 08010 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-73-6

Código IBIC: FA

DL: B 2.602-2024

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi hermano, Raphaël, una luz en la noche

«Hay que liberar el propio ser,
encontrar sus verdaderas dimensiones,
no permitir obstáculos».

VIRGINIA WOOLF

I

CINDY COIFFURE

A pesar del frío, Madame Habib ha salido a la calle sin más abrigo que la blusa. Está fumando, con un brazo extendido para alejar el cigarrillo y el otro doblado sobre el pecho. A un tiempo rígida y temblorosa, examina el escaparate de su peluquería como si quisiera desentrañar un misterio. Las letras blancas del letrero, el inmenso póster en el que una mujer peinada al estilo Louise Brooks mira hacia abajo como si se examinara los pies, la lista de precios sobre la puerta de cristal. En el extremo opuesto, debajo de todo, inútil y solitario en su jarrón transparente, un tallo de bambú que no ha crecido más de un centímetro.

–Lo que no funciona es el nombre: Cindy. Así se llamaba la hija del antiguo propietario. En 1982 el nombre estaba de moda, pero hoy no nos dice nada.

Madame Habib se equivoca de pleno sobre la categoría de su peluquería. Ha soñado tanto con su salón que ha acabado por convencerse de que dirigía el equivalente a un Dessange, uno de esos salones de lujo, cuando en realidad Cindy Coiffure es un local mi-

núsculo y alargado, escondido en un hueco oculto en un pasaje, y sobrevive gracias a una clientela de habituales cuya media de edad está próxima a los setenta años. Cindy Coiffure es exactamente el nombre más apropiado para el local.

–Y que no me hablen de esos nombres acabados en «-tivo», como «Cualita-tivo» y cosas así. Detesto los juegos de palabras.

Madame Habib aspira su cigarrillo, y Clara lo oye crepitar.

–Se me ha ocurrido un nombre. Ya me dirás... –Hace una pequeña pausa para causar más efecto–. El Jardín de las Delicias.

Madame Habib siempre tiene un problema con los nombres. Empezando por el suyo propio. No le ha perdonado a su marido que le transmitiera un apellido que le taladra los tímpanos, cuando su nombre de soltera era Delage. «Digan lo que digan, la verdad es que Jacqueline Delage suena mejor que Jacqueline Habib».

–¿Qué te sugiere el nombre?

«Un restaurante chino», tiene ganas de responder Clara, pero se contenta con encogerse de hombros. Si no se tratara del nombre de la peluquería, sería que la fachada necesita una capa de pintura o que es preciso empezar a hacer trabajos de manicura. («¿Has visto que el salón de manicura de la Rue Thiers está siempre lleno?»).

Ya sabe lo que pasará a continuación. Madame Habib dará una última calada al cigarrillo y arrojará el humo lo más lejos posible mientras aplasta la colilla con el pie izquierdo, dirá algo como «hoy no nos moriremos de calor, desde luego» y volverá a la peluquería. Se lavará las manos en la trastienda y se meterá en la boca un caramelo de menta. Al salir se mirará en el espejo, se alisará la falda y ocupará su lugar detrás de la caja. Entrará alguien y la peluquería cobrará vida con el sonido de las conversaciones susurradas, el aire de los secadores de pelo, las canciones nostálgicas de tiempos pasados..., y será como si nunca se hubiera hablado de El Jardín de las Delicias, de las palabras acabadas en «-tivo» y de los nombres que estaban de moda en 1982.

Normalmente, la primera en llegar es Lorraine. La peluquería apenas acaba de abrir cuando ella entra portando dos cafés sobre una bandejita redonda y se instala en el amplio taburete de la caja para charlar con Madame Habib.

Lorraine lleva el *bar tabac* en la esquina del pasaje con la Avenue de la Libération. Cuando llega a la peluquería hace varias horas que está de pie y ya no puede con su alma. Sus clientes la exasperan. Esos tipos que necesitan su calvados a las ocho de la mañana y le hablan como si se tratara de su mujer o su hermana. Esos pobres que se gastan su subsidio en metálico o lo dejan a cuenta, con el ruido de las monedas sobre el mostrador cuando recogen su tique. Esos fumadores avergonzados: «Me llevo un paquete de Dunhill; vaya, cuánto tiempo». Jacqueline la escucha tan inmóvil que, vista de espaldas, se diría que duerme de pie. Ella también visita a Lorraine cuando tiene un momento, pero más tarde y no tan a menudo. Cuando regresa, casi siempre canturrea y huele a aguardiente de ciruela.

Lorraine dice a menudo: «Esta mañana tenía las mismas ganas de venir que de ahorcarme». Cuenta los días que quedan para sus vacaciones y, cuando están cerca, se transforma. Cuando, poco antes de salir de vacaciones entra en la peluquería para cortarse y teñirse el pelo, no es la misma mujer. Se diría que es su hermana gemela, una mujer realizada y enamorada... A su regreso tiene un color bermellón y unos kilos de más, y su cabello conserva un tono rubio. El bienestar se prolonga; habla de apuntarse a taichí, de volver a la fotografía, «esta vez va en serio». Pero cada vez lo comenta menos, y poco después del comienzo oficial del otoño, cuando los últimos vestigios de su bronceado se han desvanecido, vuelven a su boca otras palabras: «Esta mañana tenía las mismas ganas de venir que de ahorcarme».

A las nueve de la mañana, en su peluquería, Madame Habib tiene el aspecto de una mujer en un casino el sábado por la noche. Blusa de seda beis o estampado de leopardo, pulseras que tintinean con sus mínimos gestos y Shalimar, mucho Shalimar, tanto Shalimar que el perfume impregna el local y se ha convertido en un distintivo tan reconocible como el embaldosado blanco que imita el mármol o las dos notas de la campanilla de la entrada. Un maquillaje excesivo acentúa la expresión de cansancio de sus ojos ligeramente saltones. Tiene la voz ronca, rota por el tabaco, como si hubiera pasado el día esperando. El moreno de su tez se debe tanto a los polvos de maquillaje como a las sesiones bajo la lámpara de rayos UVA. Madame Habib es adicta al bronceado (cuando hace buen tiempo, durante la pausa de la comida, no es raro verla en la Place de la Libération, sentada en la esquina del banco al que todavía no le da la sombra, comiendo una ensalada de arroz con el rostro al sol).

A menudo, el martes por la mañana Clara se pregunta qué habrá hecho Madame Habib los dos días an-

teriores. Sobre eso no hablan; su relación excluye tal género de confidencias. Lo que ha permitido a Clara hacerse una idea de quién es su patrona son las confidencias a los clientes que ha podido captar a lo largo del tiempo.

Sabe que hubo un monsieur Habib, quien le legó el detestable apellido, y que en algún momento desapareció, ya fuera porque muriera o simplemente se marchara. Clara no está segura, porque es el tema más tabú de todos. Madame Habib tiene una hija, que trabaja como enfermera cerca de Toulon, a la que ve un par de veces al año, y con la que no parece mantener muy buena relación. Y también está París –¡Oh, París!–, donde Madame Habib vivió en otros tiempos, una época de la que le gusta mucho hablar. Siempre cuenta las mismas historias. Que veía la cúpula del Panteón desde la ventana de su cocina; que un actor, cuyo nombre Clara ha olvidado, le dejaba rosas delante de la puerta cuando se iba al teatro; que los parisinos son inteligentes y cultivados, y que todos leen. «En el metro, hasta el más zote tiene un libro entre las manos». Puede que esta sea la razón de las arrugas que forman dos paréntesis a ambos lados de la boca de Madame Habib: ya no vive en la ciudad donde ha sido más dichosa.

«Zote» es una palabra que le gusta. Y también la expresión «alborotar el gallinero». «Sin intención de alborotar el gallinero estamos acabando con las reservas

de Infinium y no entiendo lo que ha pasado». Además, dice «salón de uñas» en lugar de «salón de manicura», y lo dice a la inglesa: «*nail salon*».

–Una amiga de mi hija ha abierto un *nail salon* en Hyères con mucho éxito –anuncia, atenta al efecto de la frase en su interlocutora.

Por supuesto, corren rumores. Se dice que hace unos años la vieron atravesar un campo de colza a las afueras de Baune tras dejar su Mini Morris Mayfair aparcado un poco más allá, junto a la carretera. Se dice que estaba borracha. Se dice también que, cuando llegó a la comarca, antes de encargarse de la peluquería, salía con el hombre que era entonces alcalde de Dijon.

A Madame Habib le gustan los hombres, de eso a Clara no le cabe ninguna duda. Se nota en su forma de mirar a los pocos que entran en el local, en cómo se dirige a ellos, sin importar si son guapos, feos, jóvenes o viejos, si llevan monos de trabajo o chancletas hawaianas. Se nota también en su forma de tratar a J. B.

J. B. es la pareja de Clara. Y es también el único tema personal que Madame Habib se permite abordar con su empleada. O, mejor dicho, el tema que no puede evitar abordar. Fue así desde el primer momento, desde el primer día en que J. B. vino a buscar a Clara a Cindy Coiffure. Jacqueline no podía estarse quieta; los labios le temblaban de emoción. Se notaba que lamentaba no haberlo sabido, no haber tenido tiempo de retocarse el

maquillaje. Se comportaba como si tuviera la misma edad que ellos, como si hubiera ocupado un lugar en el corazón de J. B. antes que Clara. Era del todo absurdo; parecía una comedia de teatro de barrio. J. B. interrogó a Clara con la mirada, y esta sintió deseos de tranquilizar a su jefa, de decirle que todo iba bien, que no había ningún problema, que no se pusiera nerviosa.

Pasaron unos días, y una tarde, a la hora de cerrar la peluquería, Madame Habib le confesó a Clara:

–Si hubiera tenido un hombre como él en mi vida, la peluquería me importaría un rábano. De hecho, creo que no trabajaría; me pasaría los días cocinando, cuidando nuestro apartamento. Haría lo necesario para que no se marchara.

Antes de descolgar el teléfono, Madame Habib aparta su zarcillo de la oreja derecha. A continuación dice: «Cindy Coiffure, buenos días, soy Jacqueline» de una tirada, mientras contempla la puerta acristalada, aunque no haya nadie al otro lado, y con la mano derecha sopesa su zarcillo como si se tratara de una canica.

También está Nolwenn, la otra empleada de la peluquería. La verdad es que su figura carece de contornos y raramente cambia de expresión. Tanto si cuenta que su cuñada ha perdido el bebé que esperaba como si le hace a Clara un regalito de cumpleaños, conserva una expresión neutra, y solo se anima cuando mira vídeos en su móvil. Una amplia sonrisa surca la parte inferior de su rostro cuando ve a un chimpancé paseando a un lechón con correa o a un *golden retriever* joven intentando subir su primer escalón. Estuvo mucho tiempo mostrándole esos vídeos a Clara, hasta que dejó de hacerlo, decepcionada sin duda por la tibieza de sus reacciones. Ya no los comparte con nadie, y durante sus descansos no es raro oír cómo se carcajea a solas en el patio trasero de la peluquería.

Dice cosas como «pienso de que todo irá bien» (en lugar de «pienso que», porque el «de» no es necesario en este caso), «costurera sin dedal, mal atina con el ojal» (cuando una clienta se deja un botón del abrigo sin abrochar), y también «cabello recalcitrante», una

expresión que utiliza a la menor ocasión desde que la oyó recientemente. En ocasiones incluso emplea dos de esas expresiones en la misma frase: «No pensaba de que pudiéramos hacerle un alisado a Madame Rinaldi, con ese pelo tan recalcitrante que tiene, pero funcionó».

La relación con su jefa no ha sido siempre buena. Al principio, no se entendían. «No tiene ojo», decía Madame Habib, que, cuando observaba su forma de trabajar, salía a fumar un cigarrillo para tranquilizarse o, peor todavía, la relevaba en su puesto en mitad de un corte de pelo. También la incomodaba su forma de estar, la sensación de molicie que desprendía. «Escucha, ponte de pie. ¡Pareces una vaca mirando pasar un tren de alta velocidad!». Parecía evidente que no duraría mucho en el trabajo. Sin embargo, Nolwenn es fuerte, mucho más fuerte de lo que parece. Cuando oía los comentarios de Jacqueline, seguía trabajando sin dejar traslucir efecto alguno en su ánimo, arreglaba un bucle o repetía para sus adentros el nombre o la cantidad de un producto. Esta determinación muda debió de impresionar a Madame Habib y, contra todo pronóstico, Nolwenn se quedó. Hoy la relación ha mejorado. Nolwenn se sienta en cuanto puede y siempre tiene prisa por marcharse (deja de trabajar a las siete en punto y sale casi corriendo), pero ya no comete grandes errores y se tapa la boca con la mano cuando bosteza. Madame Habib todavía la vigila, y en ocasiones la

LA PELUQUERA Y PROUST

sermonea («¡Un poco más de clase, por favor!»), pero el tono ya no es el mismo. Nolwenn ha encontrado su lugar en Cindy Coiffure, hasta el punto de que parece incluso la que más cómoda se siente en el local. Como si, con el tiempo, se hubiera producido una especie de simbiosis entre este local modesto y simple y esta mujer joven que, a su manera, se le parece.

En una ocasión, Nolwenn volvió de las vacaciones con el pelo rizado. Se había hecho unos bucles cortos. Es un peinado que no le queda bien a nadie, y menos a ella. El efecto de esos pequeños bucles flanqueando su rostro grueso y agitándose al más mínimo movimiento era desastroso. Las clientas se quedaban un rato mirándola, y algunas interrogaban a Madame Habib con la mirada. («¿Ha perdido una apuesta? ¿Se está preparando para una fiesta de disfraces?»). Jacqueline no hizo ningún comentario. La jornada debió de parecerle especialmente larga a Nolwenn, que, al día siguiente, apareció con el pelo liso.